

GERARDO DIEGO Y SU SIGNIFICACIÓN DENTRO DEL 27

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

Universidad de Murcia

RESUMEN

Además de su significación como poeta del 27, a Gerardo Diego corresponde un papel histórico fundamental, tanto en la organización de los actos conmemorativos del centenario de Góngora en 1927 como en la aglutinación, a través de la *Antología* de 1932, de todos los poetas de su generación.

ABSTRACT

Besides his significance as a poet of the 27 generation, Gerardo Diego plays a fundamental historic role in the organization of the commemorative events of Gongora's centenary in 1927, as well as in the agglutination of all the poets of his generation by means of the *Antología* of 1932.

No es momento ahora de discutir si existió o no la generación del 27 y hemos de comenzar señalando que Gerardo Diego no era nada partidario, y así lo expresó muchas veces, del término “generación del 27” ni quizá de

ninguno de los componentes de este marbete. Ni del primero, generación, ni del segundo, 1927. Rechazaba el concepto en la suya y en las otras, como se puede leer en su artículo “El lío de las generaciones”¹. Prefería hablar nuestro poeta de un grupo de amigos, a lo sumo de un grupo poético, unido por la amistad, una de las virtudes humanas y civiles que a Gerardo Diego más le atraían, más respetaba y que con más seriedad cultivaba.

Pero lo cierto es que si 1927 como concepto literario tiene algún sentido, si hay unas leyes de relación que lo justifican, lo respaldan y lo dominan, el nombre de Gerardo Diego está muy presente en el origen y en la génesis de lo que el 27 ha podido significar. Porque no nos olvidemos que 1927 era el año del tercer centenario de la muerte del poeta cordobés don Luis de Góngora y Argote, que Góngora era un poeta absolutamente olvidado en los años veinte en España, que una serie de jóvenes poetas se deciden a restablecerlo para la historia literaria y que al frente de estos poetas, se sitúa, ya no puede haber ninguna duda, Gerardo Diego.

La significación histórica que puede tener 1927 como *annus mirabilis* del nacimiento de una nueva generación, pasa posiblemente por su condición primera de fecha de ese centenario y por aglutinarse en torno a él una serie de actos y actitudes de reivindicación de un poeta maldito y al mismo tiempo de manifestación y defensa de una nueva concepción de la poesía. En todo ello tuvo mucho que ver, en su condición de ser uno de los protagonistas principales, Gerardo Diego.

Posiblemente, con Dámaso Alonso, fue él quien más contribuyó a la revalorización de Góngora en las letras españolas. Fue Diego quien más se preocupó, en aquellas fechas del centenario, de movilizar a una serie de jóvenes, desconocidos en su mayor parte, para que la figura del autor de las *Soledades* no continuase en el injusto olvido en que estuvo hasta esa fecha. Son conocidas sus gestiones para la publicación de una serie de libros que formasen una biblioteca gongorina, con ediciones y prólogos de lo más granado del 27². A Diego en el reparto correspondiente, se le adjudicó — o se adjudicó él mismo — una *Antología poética en honor de Góngora*, que, en efecto, fue uno de los pocos libros que llegaron a publicarse de los pro-

yectados, y que, reeditado en 1979, constituye una deliciosa joya bibliográfica que todavía se puede considerar el único instrumento para conocer a muchos poetas culteranos olvidados “desde Lope de Vega a Rubén Darío”, tal como se anuncia en el subtítulo de la *Antología*³.

La devoción de Gerardo Diego por Góngora es anterior. En 1924 ya había publicado un revelador artículo en la *Revista de Occidente* (la misma que en su biblioteca paralela publicaría en 1927 la *Antología* de culteranos) con el título de “Un escorzo de Góngora”⁴, en el que ponía en conexión los entusiasmos gongorinos del XVII con los revolucionarios impulsos modernistas, porque la recuperación de Góngora comienza en el simbolismo francés con Verlaine. Entre una y otra fecha, entre el XVII y 1900, quedan la incompreensión y el olvido en dos siglos completos, el XVIII y el XIX. Como escribe el poeta de Santander, “con el *novocientos* Góngora es rehabilitado por obra, claro es, de los poetas, no de los eruditos.”

Cuántas sorpresas se encontrarían los intelectuales de ese momento cuando vieran, en las páginas recogidas por Gerardo Diego, la más preciosa selección de riqueza lingüística, de deslumbradora belleza, de interpretaciones gongorinas de lo que García Lorca denominaba la “realidad poética”. Los proscritos al descubierto, y nada menos que “desde Lope de Vega a Rubén Darío”. Este último, en contra de lo que se llevaba en su tiempo, era admirador de Góngora, porque lo citaba Verlaine. Sus nombres suenan ya, entre nosotros, no a oscuridad sino a luminosa belleza: Paravicino, Villamediana, Trillo y Figueroa, Soto de Rojas, Bocángel, Jáuregui, Aguilar, Calderón, Polo de Medina, Solís Ribadeneira, Sor Juana Inés de la Cruz... y tantos otros, hasta llegar a Rubén, “liróforo celeste”, que consiguió que otra vez se hiciese verso, como recuerda Gerardo Diego, en las apretadas páginas de una introducción que, definitivamente, cambió los rumbos de la crítica y la historia literaria española. Un ejemplo: Salvador Jacinto Polo de Medina, natural de Murcia, era conocido durante el XVIII, el XIX y primer cuarto del siglo XX como poeta jocos y merecido lo tenía el buen licenciado ya que su *Buen humor de las musas* y su *Hospital de incurables* son buenas piezas, destacadas por el divertido manejo de los recursos

jocosos, en los que llegó a establecer un prototipo personal que culminó en sus dos fábulas mitológico-burlescas: la de *Apolo y Dafne* y la de *Pan y Siringa*. Pero es a partir de 1927, y de la antología de Gerardo Diego, cuando se descubre su auténtica personalidad poética y humana, como cultivador de una lírica galante y moral, de corte culterano, que había sido sistemáticamente condenada al olvido. Una lírica brillante de moderado barroquismo que hizo que José María de Cossío, al editar unas *Obras escogidas*⁵ para la colección “Los Clásicos Olvidados” en 1931, incluyera esta veta de gran riqueza expresiva, en la que Polo de Medina hacía alardes de una capacidad imaginística, culminada en alguno de sus poemas. Así, en “Los naranjos” o en “Los claveles” y en *Ocios de la soledad*, obras de Polo de Medina, decididamente gongorinas.

Comienza en 1927, por tanto, un camino que se ofrecía polémico y apasionado, y no es raro leer en artículos de Gerardo Diego de esos años gritos de combate arengando al grupo de leales, en el que pronto figurarían Salinas, Guillén, García Lorca, Alexandre y Alberti, que formó parte del grupo organizador como Secretario de la comisión, que debía llevar a cabo el homenaje. Algo que es menos conocido, y que casi nunca se recuerda en la relación Góngora-poetas del 27, es que Jorge Guillén realizó su tesis doctoral sobre Góngora, en concreto con el título *Notas para una edición crítica de Góngora*⁶. A ello se alude en el que quizá es el texto más conocido de todos los que produjo el poeta de Santander con motivo del centenario, una epístola, en tercetos encadenados, que aparece en el número 2 de *Verso y Prosa*, dedicada “A Rafael Alberti”, en la que insta a su amigo a convocar a todos los comprometidos a celebrar el centenario de Góngora: “Insiste, estrecha, apremia y si rehúsa / alguno, o ya vencido o pudoroso / vuélvele tú a la fe con frente ilusa”⁷. El resto de los poemas escritos este año por Gerardo Diego, así como cartas conservadas y todos sus documentos escritos, los precedió con un lema inexcusado y permanente: “Góngora, 1927”.

En 1960, en Bogotá, al pronunciar una conferencia sobre Hernando Domínguez Camargo⁸, uno de los poetas culteranos de América más brillantes e imaginativos, rememoraba nuestro autor las conmemoraciones

gongorinas de 1927 y su artículo, publicado en *Verso y Prosa*⁹ en abril de aquel año, sobre los golosos banquetes del poeta colombiano, autor de un *Poema heroico de San Ignacio de Loyola*, en cuyos versos se destila el más atrevido culteranismo. El tal poema había parecido a Menéndez Pelayo “uno de los más tenebrosos abortos del gongorismo sin ningún rasgo de ingenio que haga tolerables sus aberraciones”, a lo que su joven, y entonces rebelde, paisano respondía: “En vista de esto, gritemos otra vez ¡Viva la decadencia! ¡Vivan Góngora y sus Indias! Lo cierto es que, como es bien sabido, la conmemoración gongorina no constituyó una celebración de carácter nostálgico o romántico de una gloria del pasado, sino la defensa a toda costa de una nueva concepción de la poesía, que encarnaba la que entonces se llamaba la “joven literatura”. Esta actitud que Gerardo Diego propugnaba desde un ángulo múltiple, entre su particular concepción del creacionismo y un clasicismo áureo renovado, fuertemente influido por Góngora y no sólo por Góngora sino también por Lope. La imagen creacionista y la metáfora barroca eran parientes cercanas, y ello ya lo advirtió el buen gusto y el tan certero olfato de José María de Cossío, que escribió en *Verso y Prosa*¹⁰ un artículo titulado “Imágenes creadas”, que se refiere a las fabricadas por Plácido de Aguilar y Jacinto Polo de Medina en sus poemas, relacionables con el citado movimiento de vanguardia.

En esta lucha, Gerardo Diego no estaba solo, y los del 27 fueron aquel año más grupo o generación que nunca. García Lorca, en una conferencia tantas veces recordada sobre “La imagen poética en Góngora”, representa bien lo que fue un deseo de renovar la lengua poética española, sobre la base de los hallazgos gongorinos. Las actitudes de Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Rafael Alberti y otros confirman, con su nueva creación de la escritura poética, la novedad de estos proyectos. Por eso a Góngora lo reivindicaron los poetas y no los eruditos: Por eso, su máximo estudioso durante muchos años, Dámaso Alonso, será a la vez extraordinario poeta y renovador, también, más adelante, de nuestra poesía. “Mientras todos piden pan — escribe García Lorca sobre Góngora en 1927— él pedía la piedra preciosa. Sin sentido de la realidad real, pero dueño absoluto de la realidad poética”¹¹.

Gerardo Diego fue el espíritu y la letra de este movimiento reivindicativo, que llegó a tener, para gozo de los aquel ahora nos aproximamos a esta historia, una faceta desmelenada y llena de buen humor en la crónica, hecha por el propio Gerardo, en su revista deslenguada *Lola*, el suplemento sin límites de la pulcra y distinguida *Carmen*¹². Releer hoy, después de tantos años, los dos primeros números de *Lola*, que contienen la continuada crónica de aquel centenario, de aquel 1927, se constituye en una de las más divertidas experiencias al observar el atrevimiento que las gambetas, morisquetas y cuchufletas de los jóvenes gongorinos (son palabras de Azorín de una carta de aquellas fechas)¹³ llegaron a alcanzar, y cómo aquellos bisoños leales no dejaron títere con cabeza.

Cinco años después, en 1932, Gerardo Diego acomete otra empresa que tendrá extraordinaria trascendencia para la historia literaria del siglo XX en España. Publica entonces la *Antología* más conocida de la *Poesía española contemporánea* no sólo por su calidad (verdaderamente notable) sino también por las polémicas surgidas en torno a ella y la deserción ruidosa de Juan Ramón Jiménez, que se negó a figurar en la segunda edición, de 1934¹⁴. Desde luego, la que interesa ahora es la primera, que era una antología no muy extensa, reducida podríamos decir, de gente muy joven, de la que se hacía, según reza en la portada de la edición de Signo, “selección de sus obras publicadas e inéditas”. Pensar que en ella figura, como caso extremo Manuel Altolaguirre, nacido en 1905, da idea de la mocedad de sus participantes. La intención de Diego fue reunir a todos estos poetas recientes presididos por las figuras más representativas de la poesía del momento.

Y, en efecto, Unamuno, los dos Machado, Juan Ramón Jiménez y Moreno Villa, constituyen esa primera promoción, porque los restantes son los que hoy llamamos poetas del 27, reunidos por primera vez en una publicación. Allí están Salinas, Guillén, Alonso, Diego, García Lorca, Alexandre, Alberti, Prados, Cernuda y Altolaguirre, junto a Larrea y Villalón. Se trata, pues, del más profético gesto que se haya podido dar en nuestra literatura, gesto, por cierto, desvirtuado en la segunda edición, la de 1934, en la que se añadieron numerosos poetas menores, junto a otros que ya no

respondían a ese primer sentido unitario, de “joven literatura”, que parece sentirse en la primera edición, en la que el antólogo aseguraba: “He procurado, pues, elegir poetas que a mi juicio —o a nuestro juicio, como explicaré enseguida— han producido o van produciendo ya una obra lo bastante extensa, firme y de personal estilo que les garantice, salvo error de perspectiva demasiado próxima, una permanencia, una estabilidad en la estimación de los venideros.”

Mantuvo el poeta a lo largo de toda su vida amistad y relación con todos los poetas de aquella “joven literatura” que se iba alejando en el tiempo. En su obra podemos hallar referencias constantes, que aumentan conforme pasan los años, y los recuerdos empiezan a aflorar cada vez con más intensidad y a ir reflejándose en una obra periodística desarrollada durante más de cuarenta años de forma continuada. En sus artículos de prensa y de radio encontraremos multitud de evocaciones de aquellos amigos y compañeros de afanes juveniles y de un mismo empeño renovador de la poesía¹⁵. Las referencias pueden ser muchas.

Muy entrañables son algunos recuerdos llevados al artículo ya en los últimos años de su vida de poetas de su generación, entre los que destacan los dedicados a Federico, a su voz (“La voz de Federico”, *Panorama poético español*, 22-10-1965), evocada también en un poema de *El Cordobés dilucidado. Vuelta del peregrino*, y a su sentido del humor (“Prefiguración y bautismo”, *Arriba*, 26-9-1976), a Pedro Salinas (“Visita a Pedro Salinas”, *Panorama poético español*, 1965) y a Jorge Guillén (“Primera carta”, *ABC*, 18-2-1984). Estos artículos están todos escritos *in morte* de los evocados y alcanzan un clima de especial emoción, que se ve acentuada en los escritos, ya al final de su vida, y publicados en 1984, como es el caso del dedicado a Jorge Guillén, tras su muerte, donde, con el motivo de la glosa de su primera carta de 1924, es decir, sesenta años antes del momento en que escribe el artículo, recorre toda una relación a lo largo del tiempo fundamentada en una sólida amistad, que ni los años ni la distancia, incrementada en los años del exilio de Jorge Guillén, empañaron o disminuyeron: “Tendría que contar ahora al lector de 1984 el asentimiento progresivo y total de su corazonada juvenil hasta su última renovación pocos meses antes de morir.

Yo no puedo olvidar los momentos iniciales de nuestra amistad, los encuentros y paseos por Valladolid y las conversaciones de encantadora sinceridad en la casa de Constitución, 12 [...] Más memorable todavía fue la conversación que siguió ya en casa de Jorge. Allí había entre otras cosas, un piano de cola, el matrimonio Jorge-Germaine y sus dos hijos, Teresita y Claudio. Y con tales elementos estaba muy claro que yo había de resbalar mis dedos sobre el teclado, y de la música habríamos de pasar a la poesía libre y a la perspectiva en futuro próximo de una doctoral esclavitud. Se yerguen en lontananza las torres y huertas de Murcia.” En otro artículo, anterior, titulado “La fiel amistad” (*ABC*, 12-3-1978), la figura de Jorge Guillén, del amigo presente y vivo aún, se convierte igualmente en símbolo de supervivencia de la amistad, junto a los demás amigos, que iniciaron el camino de la poesía a un tiempo: “Somos “cada uno” y a la vez, por fidelidad de amistad legítima a prueba de divergencias y desastres, una piña o peña o puñado de escritores de poesía y de otras cosas que se mantienen; unos ya, en la otra vida; nosotros, los sobrevivientes, aquí y dispuestos a responder por otros a errores, rábanos por las hojas, sofismas, supersticiones y otros excesos.”

De distinto tono, aunque también se refiere a un componente de su generación, Dámaso Alonso, es el artículo que se titula “Góngora en Oxford” (*ABC*, ?-9-1962), que relata una divertida situación, sucedida durante la conferencia que Dámaso Alonso dio sobre Góngora en Oxford, en un congreso de hispanistas que conmemoraba el centenario del poeta cordobés. En su exposición, Dámaso Alonso se sirvió de diapositivas para mostrar a sus oyentes unas cartas de Góngora y así examinar la letra del poeta cordobés y compararla con la de los manuscritos sobre los que estaba tratando. Pero Dámaso Alonso en su impulsiva actuación se situó, sin advertirlo, en el foco de luz del proyector de manera que se dibujó la caligrafía en el “campo craneal” del erudito... “La mano de Góngora, invisible, pero irrefutable, escribía, no sabíamos ya si en Madrid de Felipe IV o en Oxford de Elisabeth II, probablemente en los dos a la vez, su carta de desengaño y utilizaba el despejado campo craneal de un gran poeta para coronarle de gloria. Nada más justo”.

A veces, el motivo de estos artículos, en los que afloran tantos recuerdos y tanta amistad, está producido por un hecho puntual, y en los tres casos a que nos vamos a referir por un hecho histórico: un regreso y dos premios.

Muy entrañables son, en efecto, tres artículos conmemorativos dedicados a compañeros suyos de generación: El titulado “Dámaso, hijo” (*Arriba*, 21-1-1979) con motivo del Premio Cervantes del autor de *Hijos de la ira*, en el que Diego llega a reproducir el estilo expresionista utilizado tantas veces por el homenajeado: “Tú, que te las sabes todas, eres un monstruo de la conciliación de contrarios, cómico genial y cónsul de la difícil y oscura noticia, investigador de archivos, bogavante y filologante, creador y crítico fabuloso, matemático y correlativo, millonario cajón de sorpresas, amigo del alma y amigo mío desde hace cincuenta y cinco años si mis cuentas no fallan”; el titulado “Alberti, en España” (*ABC*, 27-5-1977) con motivo del regreso del autor de *Marinero en tierra*, en el que muestra su emoción por poder reencontrarse con él: “Rafael Alberti es un poeta inmenso; y como todos los poetas originales inmensurable. A un poeta no se le puede ni se le debe medir. A cada uno hay que aceptarle y admirarle y, sobre todo, leerle tal como es en sí mismo, en su propio ser y obra... Alberti es inmenso por todo ello: Por la belleza y profundidad de su mejor poesía, por su riqueza y variedad, por la virtud de su fecundidad en ella misma y en su descendencia en la obra de los demás, ayudando a tantos muchachos a encontrar su propia voz”. Y finalmente el texto titulado “La alegría del Nobel”, para celebrar el Premio a Vicente Aleixandre, “que no tiene enemigos ni envidiosos, porque al ser él el hombre más bueno del mundo no puede suscitar en los prójimos —”próximos” o “lexanos”— tan bajos sentimientos. Ni siquiera entre los no españoles, aquellos que parecen sorprendidos porque no sabían nada de que existiese tan asombroso poeta, a pesar de que lleve medio siglo publicando libros maravillosos”.

Gerardo Diego glosó la amistad en su poesía, y la dejó presente y viva en muchos de sus versos. Un poema, justamente titulado “La amistad”, dedicado en homenaje a un amigo muerto, el bibliófilo murciano Antonio Pérez Gómez, marca, en plena senectud, el sentido que para él posee esta virtud humana. El poema lo difundió a través de su antología

*Cometa errante*¹⁶, y figura en la *Poesía completa* entre los poemas recogidos en *Hojas*¹⁷. Con el símbolo del fuego que se propaga y nunca se consume, abre el poeta una canción llena de poderosa fuerza espiritual. La amistad existe por encima del tiempo como virtud eterna y como sistema de correspondencia vital. La amistad es permanente y la muerte no la interrumpe:

Quisiera yo decir ese milagro
que es la amistad de fuego,
la ignición propagándose
sin consumirse nunca,
la llama que nos ciñe y que nos quema.
Mas ¿cómo puede la devoradora
renovarse sin magia de ceniza
y salir y reentrarse en su hogar puro,
rica de más y más conciencia
a cada nueva lengua de desatado espíritu?

La obra en prosa de Gerardo Diego muestra igualmente este sentido de la amistad, y son numerosos los textos que se conservan en los que los amigos están presentes junto a los recuerdos, cuyo valor glosa el poeta en uno de sus más representativos artículos, de aquellos que recogen la memoria de un poeta. Anécdotas y sucesos de feliz recuerdo para nuestro escritor, que sabía medir bien lo sentimental y lo emotivo con lo anecdótico e irónico incluso, con una gran compensación y cuidado exquisito, al evocar el lado más humano de personajes que participaron con él en el comienzo de una nueva época para nuestra poesía, y que hoy ya forman parte, todos juntos, de nuestra historia literaria formando un grupo, una generación, presidida por la amistad, que Gerardo cultivó siempre y apreció por encima de otros sentimientos de dignísima humanidad.

NOTAS

- 1 "El lío de las generaciones", *Arriba*, 4-10-1964. Vid. también las numerosas referencias en Pedro Salinas-Gerardo Diego-Jorge Guillén, *Correspondencia* (1920-1983), edición, introducción y notas de José Luis Bernal Salgado, Pre Textos, Valencia, 1996.

- 2 Los doce "Cuadernos", que habría de publicar la *Revista de Occidente*, eran los siguientes (entre paréntesis, el editor): Poesías de Góngora: 1. *Soledades* (Dámaso Alonso), 2. *Romances* (José María de Cossío), 3. *Sonetos* (Pedro Salinas), 4. *Octavas* (Jorge Guillén), 5. *Letrillas* (Alfonso Reyes), 6. *Canciones, Décimas y Tercetos* (Miguel Artigas). *Homenaje a Góngora*: 7. *Antología poética en honor de Góngora* (Gerardo Diego), 8. *Poesías de poetas contemporáneos a Góngora* (Rafael Alberti), 9. *Prosas de contemporáneos sobre Góngora* (Antonio Marichalar), 10. *Album de dibujos* (José Moreno Villa), 11. *Album musical* (Ernesto Halffter), 12. *Relación del centenario* (Varios). Solo se publicaron, en 1927, en las ediciones de la *Revista de Occidente*, *Soledades*, *Romances* y la *Antología poética en honor de Góngora*. Parece ser que Reyes llegó a entregar su edición de *Letrillas*. Las referencias las podemos hallar en *Lola*, número 1, 1927.
- 3 Alianza Editorial, Madrid, 1979.
- 4 "Un escorzo de Góngora", *Revista de Occidente*, III (1924), VII, pp. 76-89.
- 5 Salvador Jacinto Polo de Medina, *Obras escogidas*, Los Clásicos Olvidados, Madrid, 1931.
- 6 No se sabe bien la fecha de la lectura de la tesis doctoral, que los biógrafos sitúan entre 1923 y 1925. El depósito del Título de Doctor lo hace en diciembre de 1925, una vez que ha obtenido la cátedra de Universidad, al ultimar la documentación para su nombramiento. Posiblemente la leyó en la Universidad Central en 1924.
- 7 *Verso y Prosa*, II, 1927. También en *Hasta siempre, Obras completas. Poesía*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Aguilar, Madrid, 1989, I, p. 588. Nueva edición, Alfabuara, Madrid, 1996.
- 8 Gerardo Diego, "La poesía de Hernando Domínguez Camargo en nuevas visperas", *Crítica y poesía*, Júcar, Madrid, 1984, pp. 137-172.
- 9 "Nuevas Indias de gula reconquistadas", *Verso y Prosa*, 4, 1927, p. 4.
- 10 "Imágenes creadas", *Verso y Prosa*, 2, 1927, p. 3-4.
- 11 "La imagen poética en don Luis de Góngora" se dio a conocer en parte en el *Suplemento Literario de La Verdad* y en *Verso y Prosa*. Aparece recogida en *Obras completas*, edición de Arturo del Hoyo, 22ª edición, Aguilar, Madrid, 1986.
- 12 *Carmen y Lola*, edición facsimilar, prólogo de Gerardo Diego, Turner, Madrid, 1977.
- 13 Reproducida por Gerardo Diego en *Lola*, 2, 1928.
- 14 Gerardo Diego reeditó reunidas la primera (*Poesía española. Antología. Selección de obras publicadas e inéditas por Gerardo Diego*, Signo, Madrid, 1932) y la segunda (*Poesía española. Antología. (Contemporáneos)*, Signo, Madrid, 1934) en un mismo volumen: *Poesía española contemporánea (1901-1934). Nueva edición completa*, Taurus, Madrid, 1959, con reediciones en 1962, 1966, 1968, 1970, 1972 y 1974. En 1991, Andrés Soria lleva a cabo una nueva edición con el título de *Antología de Gerardo Diego. Poesía española contemporánea*, Taurus, Madrid
- 15 Gerardo Diego, *Obras completas. Prosa*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Alfabuara, Madrid, 1997. Vols. I y II *Memoria de un poeta*.
- 16 Gerardo Diego, *Cometa errante*, Plaza Janés, Esplugas, 1985.
- 17 *Obras completas. Poesía*, II, p. 1333.